

**Resistencia obrera en el norte de México
en medio de la violencia.
La clase obrera de las maquiladoras de Ciudad Juárez
en el siglo XXI**

SERGIO G. SÁNCHEZ DÍAZ*

EL CONTEXTO DE LA VIOLENCIA EN CIUDAD JUÁREZ

EN EL PRESENTE ARTÍCULO abordamos uno de los aspectos más inquietantes de la problemática que hoy se vive en México: la de la violencia y sus efectos en la cultura en Ciudad Juárez, en particular entre la cultura de la clase obrera empleada en las maquiladoras de exportación.

Como una contribución de este trabajo, vinculamos esa violencia generalizada con otro factor que hasta ahora, en los análisis que se vienen realizando al respecto, no aparece claramente. Nos referimos a la crisis que ha experimentado, durante toda la primera década de este siglo, el sector de las maquiladoras de exportación en México. Los efectos de esta crisis son muy claros en la otrora gran ciudad maquiladora de México, Ciudad Juárez, donde, entre otras cuestiones, se han perdido por lo menos 100 000 puestos de trabajo en los últimos años, con efectos que, creemos, han sido muy profundos entre estos obreros, hombres y mujeres. Hoy es evidente que Ciudad Juárez tiene una de las tasas más altas de desempleo del país, y una masa de desempleados pulula por la ciudad en busca de trabajo, mien-

* Dirigir correspondencia al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Unidad México, Juárez 87, Col. Tlalpan, Delegación Tlalpan, C.P. 14000, México, D.F., tel. (01) (55) 54-87-36-00, Fax: (01) (55) 54-87-36-43, e-mail: sads542@yahoo.com.mx. El autor reconoce las contribuciones de diversos investigadores en el desarrollo de las ideas que aquí se exponen: la Dra. Patricia Ravelo, del CIESAS; el Dr. Héctor Domínguez, de la Universidad de Texas, en Austin, y el Dr. Javier Melgoza, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Desde luego, lo aquí expuesto es responsabilidad exclusiva del autor de estas líneas.

tras que muchos de los que todavía conservan sus puestos de trabajo se ven afectados por la caída de la producción en las maquiladoras.

La información que al respecto expondremos puede servir también para pensar la situación que se vive en esa región de México y muy probablemente en otras regiones, como los estados de Nuevo León y Tamaulipas. Como bien sabemos, el crimen organizado se ha asentado en esas regiones y ha extendido sus actividades hacia el narcomenudeo, la extorsión, el secuestro, entre las manifestaciones más conocidas y evidentes del delito.

La “seguridad pública” se colapsó en Ciudad Juárez. En la lógica del actual gobierno federal, encabezado por Felipe Calderón, sólo quedó la intervención de las fuerzas federales, el Ejército y la Marina, sin que ambos hayan podido detener hasta ahora la espiral de violencia que ha envuelto a esas regiones, cayendo dichas fuerzas, en ocasiones, en la violación de garantías de la población que decían y dicen proteger; episodios éstos que han sido públicos, como las detenciones y allanamientos arbitrarios, hasta la misma extorsión y secuestro.

Por ello existe en la región un fuerte sentimiento contrario a la presencia de esas fuerzas federales, lo que llevó al retiro, primero, del Ejército y, luego, de la policía federal, a la cual se le demostraron secuestros, extorsiones y abusos de diversa índole; retiro que, hay que decirlo, ha sido sólo parcial.

En los últimos tres o cuatro años, esa situación ha provocado la salida de miles de habitantes de la ciudad (cifras oficiales indican alrededor de 200 000), muchos de los cuales se han asentado al otro lado de la frontera, huyendo de esa espiral de violencia, mientras Ciudad Juárez vive una crisis económica de grandes dimensiones, pues se ha dado el cierre de comercios, bares, tiendas de abarrotes, entre otros, a pesar de la inyección de recursos por parte del gobierno federal a partir del año de 2010, con el programa “Todos somos Juárez”.

La violencia que en ese lugar se experimenta hoy día ha dado como resultado que en 2008 se dieran 1 656 muertes violentas, de un total de 5 300 en el país, según las cifras oficiales al respecto. Hacia el año 2010 se acumulaban en el lugar alrededor de 9 000 muertes violentas, de las 50 000 que se contabilizaban durante “la guerra de Calderón” en el conjunto del país.¹

¹ http://mx.news.yahoo.com.mx/s/afp/m_xico_crimen, consulta del 18 de febrero del 2009.

En los últimos años el peligro ha escalado al grado de convertir lo excepcional del evento violento en algo permanente; los riesgos se han multiplicado y pocos los recursos para proteger la vida. Las muertes violentas continúan en un escenario donde el estado de derecho existe de una manera muy precaria y el crimen organizado, en sus diversas manifestaciones, ha logrado el control de espacios públicos y, según diversas interpretaciones, ha logrado penetrar áreas del poder judicial.

Esas acciones criminales son ahora más complejas, continúan incluyendo los *feminicidios*, de una manera muy significativa (hasta octubre de 2011 se habían reportado 229 asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez²), y se ha extendido hacia las prácticas más variadas de robo (las cuales incluyen el robo de autopartes y de vehículos completos), secuestro y extorsión, mientras las ejecuciones, los “levantones” y los restos de cuerpos descuartizados arrojados a la vía pública se siguen observando de manera cotidiana.

Presenciamos la fuerza y poder criminales ante el mismo Ejército cuando éste inició operativos conjuntos con las autoridades locales, precisamente para combatir el crimen en todas sus manifestaciones: narcotráfico, robo, secuestro, extorsión. El crimen organizado ha persistido y acrecentado su presencia, demostrando su capacidad de violencia, de manera que ha expandido la certeza de su omnipotencia. Ha demostrado, hasta ahora, que no hay poder que lo pueda detener y para lo cual se necesitaría no sólo el combate en las calles a las organizaciones criminales, sino medidas radicales que le cortaran al narcotráfico sus fuentes de financiamiento en el circuito financiero, pero este objetivo no parece estar en el horizonte de la “estrategia” del actual presidente de la república, Felipe Calderón.

Son múltiples los episodios, los años recientes, de eventos violentos que han conmocionado no sólo a Ciudad Juárez, sino a todo el país. Basten algunos ejemplos: el 4 de marzo de 2009, una banda de sicarios tomó el supuestamente muy seguro Centro de Readaptación Social (el Cereso) de Ciudad Juárez durante más de dos horas, lapso en el cual fueron ajus-

² Red Interactiva de Difusión del Observatorio Ciudadano de los Derechos de las Mujeres, sección Feminicidio, *335 feminicidios en Chihuahua*, correo electrónico de la Red Interactiva Mujeres, mujeres@amdh.com.mx, consulta del 13 de octubre de 2011.

ticiados 21 miembros de otras bandas encarcelados ahí. Policías y militares tardaron más de tres horas en llegar al lugar de los hechos, mientras las cámaras de video grababan todo el incidente y las alarmas permanecían en silencio.³

Ciudad Juárez y el país entero fueron impactados por la masacre de 16 jóvenes el 31 de enero de 2010 durante una fiesta, en una colonia del sureste de la ciudad, Villas de Salvárcar, por un comando que arribó al lugar en varias camionetas, con todos sus miembros encapuchados y fuertemente armados. La calle donde tuvo lugar la masacre fue cerrada por los criminales. La policía y el Ejército tardaron en llegar al lugar, a pesar de la ocupación militar de la ciudad en esas fechas. Y el 23 de octubre de nuevo una fiesta fue atacada por sicarios, con saldo de 14 asesinados, sin que el evento tuviera ya la repercusión que tuvo la primera masacre ya comentada.

Es decir, hay aspectos de esta violencia que escapan a un análisis sencillo. Hay bandas del crimen organizado dedicadas a aterrorizar a la población, lo que, tal y como han indicado los investigadores, parece estar implicando un verdadero “asedio a la ciudadanía”.⁴ Como señalamos, se asesinan a jóvenes en las reuniones, en las fiestas, en los espacios públicos como parques y canchas deportivas, sin, aparentemente, explicación lógica alguna, salvo por la intención de implantar el terror entre la población por parte de las organizaciones criminales.

Todo ello en medio de un contexto que, según el discurso del gobierno federal (al menos por un tiempo, pues en los últimos años, 2010 y 2011, este argumento ha desaparecido de ese discurso), se resume en el enfrentamiento entre cárteles de la droga, el de Sinaloa y el de Ciudad Juárez, por el “control de la plaza”, hecho que, indica ese discurso, empezó hace realmente pocos años y que tal vez ya se resolvió en favor del primer grupo.

Pero esa explicación de la violencia en el lugar sólo alcanza, en el mejor de los casos, a explicar una parte de los casos de muertes violentas; otros muchos parecen relacionados con formas de violencia que, como señalábamos líneas arriba, escapan a un análisis simplista, sin dejar de indicar que hay un conjunto de delitos cotidianos que pueden estar relacionados

³ *Proceso*, 29 de marzo de 2009, pp. 6-9.

⁴ Véase RAVELO y DOMÍNGUEZ, 2010.

con el desempleo, la falta de ingresos, la falta de expectativas mínimas para todos aquellos que no encuentran un medio digno para acceder a un salario, tales como el robo, el secuestro, el autosecuestro, la extorsión.

Pero no olvidemos que también hay otro elemento que explica una parte del complejo fenómeno de la violencia en Ciudad Juárez, presente desde hace ya dos décadas en el lugar: la violencia hacia las mujeres. Diversos análisis han indicado, con certeza, que aquí se ha desarrollado el odio misógino, con un probable componente xenofóbico. Cerca de 350 mujeres asesinadas, contabilidad siniestra hasta el 2005, un porcentaje de ellas (tal vez 10%) trabajadoras de las maquiladoras, hacen de Ciudad Juárez un lugar de alto riesgo y peligro. Contabilidad que hasta la fecha sigue aumentando de manera incontenible, como indicamos líneas arriba: hasta octubre de 2011 se contabilizaban 229 mujeres víctimas de la violencia, tan sólo este año, cifra que indica claramente el aumento exponencial de *feminicidios* respecto a los años de 1993 a 2005.

En suma, sirva la información anterior como un contexto ineludible para el estudio de la violencia y el riesgo que la clase obrera de las maquiladoras experimenta en este lugar hasta el momento en que redactamos estas líneas (fines del 2011); violencia y riesgo que en ese lugar se continúa experimentando diariamente hoy en día, a pesar de los programas gubernamentales de corte asistencial y de la búsqueda de alternativas a través del uso de las policías, donde hasta se ha llegado a contratar, como jefe de la Seguridad Pública del municipio (al parecer la única alternativa que le ha quedado a los gobiernos municipal, estatal y federal para contener la violencia social de la ciudad), a un individuo, Julián Leyzaola, acostumbrado a violentar los derechos de la ciudadanía en su lucha contra el crimen organizado, cuando ejerció ese mismo cargo en la ciudad de Tijuana, en el estado de Baja California Norte. Leyzaola cuenta con acusaciones en su contra por violentar el estado de derecho y ejercer la tortura en contra de los detenidos, tanto en Tijuana como, ahora, en Ciudad Juárez.

Finalmente, comentamos que en este artículo buscamos la explicación de una parte (tan sólo una parte) de esa violencia que líneas arriba hemos esbozado: la que viven cotidianamente los obreros de las maquiladoras, hombres y mujeres, es decir, no buscamos una explicación total a la compleja violencia en la ciudad y zonas cercanas. Esta perspectiva nos llevará

a observar, privilegiadamente, los orígenes de la violencia en las maquiladoras, a partir de las normas de trabajo impuestas por el capital, germen indudable de violencia, como ha apuntado el sociólogo Javier Melgoza.⁵

Desde luego, debemos decir aquí que la literatura sobre el desarrollo de la maquiladora en México es sumamente extensa, pero ella ha venido iluminando, desde hace ya décadas, las relaciones laborales de esta “industria”, en realidad, muchas industrias bajo el mismo régimen fiscal. Somos tributarios de esa extensa bibliografía, la cual, por motivos de espacio, sólo apuntamos aquí. Es conocida la obra generada por los especialistas del Colegio de la Frontera Norte, de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, de la Universidad Autónoma Metropolitana, que han incursionado en esta “industria”. Por ellos sabemos de la flexibilidad del trabajo en este tipo de empresas, entre muchas otras cuestiones (imposible realizar aquí un “estado del arte” de esa profusa bibliografía), pero un hecho es indudable: el sector ha venido cambiando, su crisis es indudable (sin que querramos decir que se acerque su fin) y hoy observamos una situación marcada por la desaceleración de su dinamismo, por una mayor precarización del empleo maquilador y por un entorno sumamente complejo, marcado por la violencia. Situación que debe de generar nuevas investigaciones, con enfoques renovados, con nuevas dimensiones de análisis.

Entre los nuevos enfoques, estaría el que aquí intentamos comunicar a los lectores: el de la violencia como un fenómeno complejo, que surge a partir de las relaciones laborales en las empresas maquiladoras, pero que también se encuentra en la región de Ciudad Juárez, provocada por la cultura regional. Desde luego, ante la violencia pueden observarse formas incipientes de resistencia obrera, sobre las cuales también llamamos la atención en este trabajo.

Es decir, admitimos que la violencia genera riesgo y peligro, y también miedo, entre los sujetos que viven en este contexto; pero, igualmente, sabemos que esos sujetos, hombres y mujeres, inmersos en este tipo de situaciones, pueden ser capaces de resistir la situación catastrófica que viven.

⁵ Véase el apartado de Javier Melgoza titulado “El modelo maquilador en México: germen de violencia estructural”, en el cap. de RAVELO, DOMÍNGUEZ, SÁNCHEZ y MELGOZA, en prensa.

Por lo anterior, nos formulamos las siguientes preguntas, a las que intentaremos dar respuesta al final: ¿en qué ha consistido la resistencia de estos obreros, hombres y mujeres, ante la situación descrita?, ¿cuáles son las rutas de esta resistencia?

Pero antes de intentar responder a esas preguntas, trataremos de aproximarnos a las situaciones de violencia que este sector de la clase obrera ha experimentado.

PREJUICIOS Y ESTIGMAS

Como hemos apuntado, en este artículo nos centramos en la violencia que experimenta la clase obrera vinculada a las maquiladoras, en ésta que todavía sigue siendo la principal ciudad maquiladora de México. Antes de entrar en materia y exponer las que creemos son las primeras formas de violencia hacia los obreros, hombres y mujeres, expondremos algunos datos estadísticos básicos, con el fin de que el lector ubique mejor este escenario de conflicto social.⁶

Ciudad Juárez era, hacia el inicio del siglo XXI, una ciudad con 1 218 817 habitantes, lo cual implica que en esa ciudad se concentraba casi 40% de los 3 052 907 habitantes totales del estado de Chihuahua, el más extenso de México en términos geográficos. De ese total, prácticamente la mitad eran mujeres y la otra mitad eran hombres.

La población de 5 años y más originaria del municipio de Juárez (“no migrante municipal”) era de 862 890 habitantes; mientras que la pobla-

⁶ Como el lector podrá observar, a lo largo de este trabajo siempre nos referiremos a “clase obrera”, a “obreras y obreros”, etc. Debemos explicitar que decidimos conservar este tipo de conceptos, a pesar de las reservas que podría ocasionar. Desde luego, no nos estamos refiriendo a una clase que cuente con “conciencia” propia, distinta a la de las clases dominantes de la región y del país. Nada de eso. Es una clase “en sí”, si se quiere ver así, que no ha cristalizado sus escasas experiencias en organizaciones propias, como serían los sindicatos; cuyas experiencias son las de las jornadas intensivas y extensivas de trabajo, las de los agravios cotidianos por parte de las maquiladoras, y, más recientemente, las de la situación catastrófica, en las empresas y en la ciudad. Por ello pensamos que podemos seguirnos refiriendo a este sector de la clase obrera como “clase”, pero como una “clase” que es un hecho “en sí”, en el lugar y en el país, clase que tal vez no aspira a ser más que eso: una “clase en sí”, y a sobrevivir en medio de la descomposición social y la violencia más agudas que se hayan presentado en nuestro país desde hace décadas.

ción originaria de otros estados (“migrante estatal” con “residencia actual en otra entidad”), era de 106 922.⁷

A los 106 922 migrantes con residencia actual en otros estados, nosotros sumamos, para fines estadísticos, los 12 041 migrantes de otros municipios del estado de Chihuahua; así como los 10 004 migrantes internacionales que habitaban esta ciudad.

Es decir, un total de 128 967 habitantes de esta ciudad no habían nacido en ella, por lo que al menos 10% del conjunto de sus habitantes eran migrantes, provenían de otros lugares del estado, de otros estados del país o de otros países.

Según la misma fuente censal, en el estado de Chihuahua los pobladores nacidos fuera del estado provenían, para principios de este siglo, principalmente de Durango, Coahuila y Zacatecas. Los migrantes de estos tres estados constituían 48% del total de esos pobladores nacidos fuera del estado.

Los censos indicaban que los pobladores de Veracruz ocupaban el primer lugar entre todos aquellos “de 5 años o más” que manifestaron tener su “lugar de residencia... en otra entidad”, un total de 33 276 habitantes. Los de Durango eran 27 629. Los de Coahuila, 17 675. Los del Distrito Federal, 6 127. Los de Sinaloa, 5 698. Los de Estado de México, 4 971. Y los de Oaxaca, 4 939, entre otros.

Hasta aquí, los datos estadísticos. Conviene insistir en que la violencia de los años 2008 a 2010, con unos 9 000 crímenes violentos, provocó un éxodo de habitantes de la ciudad hacia otros lugares, así que los datos que ofrecemos deben de haber tenido cambios significativos que todavía tendremos que procesar. Por el momento, conviene que tengamos en cuenta la significativa presencia, al menos hasta hace unos años, de migrantes en Ciudad Juárez.

Por ello, esta ciudad era, todavía hacia fines del siglo pasado, un lugar de “oportunidades”, abierto al migrante, tal y como se expresaba en los discursos oficiales y en los medios de comunicación. Pero paradójicamente, al lado de ese discurso generoso se observaba un conjunto de estigmas y prejuicios por parte de los originarios de la entidad hacia los que hasta hace no mucho llegaban a este lugar en busca de trabajo y de

⁷ INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA, 2003.

condiciones de vida no tan precarias como las de sus lugares de origen, aunque más adelante veremos que los originarios de la entidad no son los únicos actores que generan o generaban prejuicios y estigmas.

Esos prejuicios y estigmas hacia los migrantes tenían y tienen un contenido clasista y sexista e incluían a todos los migrantes, en primer lugar a las obreras de las maquiladoras. Así, las obreras de la maquila eran las “maquilocas”; los originarios de Veracruz eran los “juarochos”, y los de la región de la Laguna, eran los “torreoneros”.

Esas denominaciones conllevaban estigmas, con una orientación que claramente implicaba descalificar a todos esos actores. Así, las obreras eran las mujeres “fáciles”, las “plumitas” (por “ligeras”), y los migrantes eran los que llegaban a “quitarle el trabajo a los de Juárez”, además de que había que desconfiar de ellos: los migrantes eran sujetos sospechosos, en general.

Sobre el prejuicio hacia las obreras de las maquiladoras, prejuicio que las construía como “fáciles”, como “ligeras”, se ha escrito bastante. Recordamos aquí el libro de Jorge Balderas, en el que aborda esta problemática y plantea cómo, a pesar de los estigmas que pesaron sobre esas mujeres proletarias, ellas fueron capaces de construir espacios de socialización en la ciudad, de apropiarse de la noche de Ciudad Juárez, hasta antes de que se hiciera presente el odio misógino y las oleadas de *feminicidios* que aparecieron a fines del siglo pasado.⁸

No podemos dejar de mencionar que el conjunto de prejuicios y estigmas señalados eran parte de una actitud más generalizada, que tuvo momentos significativos desde fines del siglo pasado. Recordemos que en los años ochenta y noventa del siglo pasado en el norte del país, en general, y en el estado de Chihuahua, en particular, se dieron oleadas de odio hacia los “otros”, en particular, hacia los “chilangos” (por cierto, el atributo descalificador contenido en ese sustantivo, “chilango”, se encuentra en las percepciones de los habitantes de muchas regiones del país), en medio de la crisis (temporal) del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y ante el ascenso del Partido Acción Nacional (PAN), cuestión ésta, la llamada “transición democrática” en el estado de Chihuahua, que aquí sólo anotamos por falta de espacio.

⁸ Véase BALDERAS, 2002.

Pero sobre los prejuicios y los estigmas en este lugar hay más elaboraciones que aquí conviene mencionar rápidamente. Entre otros, el investigador Pablo Vila ha profundizado en ellos. Él refiere, a partir de sus investigaciones, que los “del sur” son vistos por los habitantes originarios de Ciudad Juárez como “holgazanes, flojos y/o borrachos”, entre otros atributos desacreditadores.⁹

Al respecto, nosotros observamos que esos mismos atributos descalificadores también les eran asignados a los originarios de Ciudad Juárez, por parte de los mismos migrantes, en una suerte de revancha, de la cual sólo se derivaba un ambiente social enfermizo, deteriorado, con muy pocas posibilidades de solidaridad entre unos y otros, entre migrantes y originarios del lugar.

No sólo eso. Nosotros encontramos otros prejuicios y estigmas en el lugar que se extienden hacia los habitantes de otras ciudad del estado de Chihuahua (como los de la ciudad capital, del mismo nombre) y hacia los habitantes de El Paso, como los chicanos y los mexicoamericanos, entre otros. Una cultura en la ciudad que poco tiene que ver con una “cultura igualitaria” en Ciudad Juárez y que Pablo Vila ha planteado, cultura “menos jerárquica” respecto a las culturas “del sur” de México, según la percepción un tanto complaciente de este investigador hacia los habitantes originarios de la ciudad.

En suma, ese mundo de prejuicios y estigmas hablan de una cultura llena de rencores y odios, una cultura cargada de animadversión; una cultura clasista, incluso racista y misógina, una cultura violenta que se expresaba desde luego desde los discursos cotidianos.

Baste recordar que, sobre los prejuicios y los estigmas, Erving Goffman decía que siempre refieren atributos desacreditadores hacia sujetos a los cuales “la sociedad” ve como marginales, como fracasados, como “desviados”, los cuales son construidos como sujetos peligrosos para esa sociedad que se ve a sí misma como “pura” y “buena”.¹⁰

Como ya dijimos, las mujeres, más si son pobres y además migrantes, muchas de ellas con piel “morena”, es decir, de color café de diversas

⁹ Véase VILA, 2007, p. 274

¹⁰ Véase la muy conocida obra de GOFFMAN, 2003.

tonalidades, fueron sujetos que captaron de una manera privilegiada esos prejuicios que se tradujeron en estigmas. Hacia ellas, además, el odio misógino ya estaba presente, incubado en los discursos sociales violentos hacia las mujeres pobres; discursos generados desde varias décadas atrás, probablemente en el momento de implantación de la industrialización maquiladora. La sociedad originaria del lugar no resultaba tan “pura”, tal y como había sido construida por los habitantes del lugar.

Nosotros indicamos aquí que estas orientaciones estigmatizadas y cargadas de prejuicios se dirigían también hacia aquéllos que presentaban y presentan orientaciones sexuales propias, particulares, fuesen del sexo masculino o femenino (nos referimos a las identidades mal llamadas “gay”, para el caso de los que pertenecen al sexo masculino, o lésbicas, para el caso del sexo femenino); hacia los jóvenes, pero, sobre todo, hacia los jóvenes pobres que han adoptado alguna identidad distinta, como la identidad “chola”, manifestándose de nuevo una actitud clasista, con gran desprecio hacia “los otros”, pero, sobre todo, hacia “los de abajo”.

Finalmente, y para cerrar este abigarrado panorama de prejuicios, nosotros encontramos que los originarios de Ciudad Juárez también eran sujetos de una percepción prejuiciada y estigmatizada por parte de las comunidades de migrantes. Los “juarenses” también eran vistos como borrachos, como vagos, como “flojos”, como gente desinteresada por el trabajo, sobre todo por el trabajo que ambos, “juarenses” y migrantes, desarrollaban en las maquiladoras, mientras que los migrantes solían imprimirle gran velocidad a sus actividades en las líneas de producción, cuestión ésta que nosotros ubicamos a través de entrevistas a obreras y obreros del sector.

La cuestión anterior nos parece de suma importancia, porque no había sido advertida por otros investigadores. Nosotros encontramos esta fractura entre esta clase obrera, una fractura entre los “flojos” originarios de Ciudad Juárez, los “juarenses” y los migrantes, que daba lugar a importantes disputas en las líneas de producción. Adelantemos algunas ideas sobre esta compleja cuestión. En efecto, durante las épocas de auge de las maquiladoras, las épocas de “bonanza”, en términos de un sistema industrial que otorgaba ciertas prestaciones para la clase obrera empleada en ella, los migrantes, en general, solían trabajar intensamente, pugnar por trabajar más horas extras, dinámica en la que solían chocar (de nuevo en general) con los “juarenses”,

los cuales asumían ritmos de trabajo más pausados, en una suerte de resistencia ante los intensos ritmos de trabajo de las maquiladoras.¹¹

Nosotros logramos reunir testimonios al respecto, los cuales hablan de estas orientaciones, de una fractura muy importante entre migrantes y originarios, la cual, pensamos, no fue saldada por estos actores, lo cual hubiera permitido generar otras orientaciones en las líneas de producción, orientaciones de mayor solidaridad y unidad de estos obreros ante los intensos ritmos de trabajo y las extenuantes jornadas de trabajo, en las épocas de bonanza de las maquiladoras, o ante los paros y los despidos masivos de la primera década del siglo XXI.

Como ya mencionamos, la vida de la ciudad ha sido trastocada por la violencia del fatídico trienio de 2008-2010: con 9 000 muertes violentas en el periodo, en esos años se calcula que unas 200 000 personas han abandonado la ciudad, y que hay alrededor de 100 000 casas abandonadas. Además, la crisis del modelo maquilador es profunda, se han perdido cerca de 100 000 puestos de trabajo y los paros parciales y totales son un hecho en un conjunto de maquiladoras.

En un escenario catastrófico de esas dimensiones, los estigmas y prejuicios permanecen, tal vez con algunas modificaciones que habría que investigar. El “enemigo” ya no es “el otro”, “la otra”, el migrante, el pobre, el cholo, y todos los demás, sino la violencia generalizada que amenaza la vida de todos cada día; violencia que proviene de diversos frentes, de las organizaciones del crimen, y también de aquellas fuerzas que deberían proteger a los ciudadanos: las fuerzas del Estado; violencia generalizada que ha sumido a gran parte de la población que permanece en la ciudad en el miedo y en el fatalismo, sin que, hasta ahora, los proyectos gubernamentales hayan modificado la situación de una manera significativa.

LA VIOLENCIA EN LAS MAQUILADORAS (I)

Ahora nos centraremos en un aspecto de la violencia en esta ciudad, violencia que, como hemos visto, tiene orígenes diversos, fuentes diversas. Pero una de ellas, ineludible, muy importante, tal vez central, es la que

¹¹ Véase RAVELO y SÁNCHEZ, 2009.

podemos observar en las empresas que denominamos maquiladoras de exportación. Como ha indicado el sociólogo Javier Melgoza, en estas empresas hay una violencia estructural, que no podemos eludir, como tampoco podemos quedarnos con el discurso del gobierno y sus “explicaciones” a la violencia en este lugar. Veamos por qué decimos que hay violencia estructural en este tipo de empresas.

En Ciudad Juárez, en la primera década del siglo XXI, existían 10 parques industriales, con 316 maquiladoras de exportación, de las ramas automotriz, eléctrico-electrónica y confección de ropa, principalmente. Hasta fines del siglo pasado se emplearon en ellas alrededor de 265 000 trabajadores, hombres y mujeres (60% era en ese entonces población femenina y cerca de 40% era masculina).

En el año 2001 cerraron 42 plantas, disminuyendo el registro de trabajadores a 220 000.¹² Hacia principios del 2003, sin embargo, los datos indicaban que habían abierto una serie de maquiladoras; por ello, el número era, de nuevo, de poco más de 300 empresas, pero el número total de trabajadores era de 215 000. Es decir, el total de puestos de trabajo perdidos en el sector, hasta ese momento, fue de cerca de 50 000.¹³

Esa cifra aumentó a cerca de 100 000 puestos de trabajo perdidos hacia el año de 2010, cuando las cifras oficiales más optimistas indicaban 178 089 puestos de trabajo.

Además, para el 2010 ya se podían observar los llamados “paros técnicos”, según la denominación de las mismas maquiladoras, en realidad paros parciales y totales de estas empresas, por la baja en la producción, por la crisis en los Estados Unidos de Norteamérica y el traslado de la producción hacia países de Asia. Por ello, muchos obreros y obreras sólo laboran dos o tres días a la semana, con la consiguiente reducción de sus salarios. Para mayo de 2009 los datos oficiales indicaban 37 maquiladoras en paro, con alrededor de 40 000 obreras y obreros en esa situación.¹⁴

¹² ASOCIACIÓN DE MAQUILADORAS, s. f.

¹³ Estos parques son el Bermúdez, Fuentes Befér, Río Bravo, Juárez-Gema-Fernández, Aztecas, Jilotepec-Intermex-Salvarcar, Aeropuerto, Panamericano y Omega. Véase ASOCIACIÓN DE MAQUILADORAS, 2003.

¹⁴ Las cifras de desempleados y de obreras y obreros en paro técnico, en *El Universal*, 19 de mayo de 2009, p. A-16.

Obviamente, perder el empleo, ser lanzado a la calle (pocas veces con la indemnización legal, pues el empresariado maquilador tampoco no suele apegarse a las leyes en este aspecto), es, desde luego, un evento sumamente violento. El obrero u obrera queda indefenso, sin seguro del desempleo, sin acceso al seguro social (salvo las escasas protecciones que por muy poco tiempo ofrece la seguridad social en México en situación de desempleo), teniendo que buscar opciones diversas para acceder a algún ingreso.

Pero esta situación no era nueva. Como sabemos, este “sistema de fábricas” representó, desde su implantación, en la década de 1960, un campo en el cual la noción de derechos laborales era y es prácticamente inexistente. Para ello fueron determinantes una economía globalizada y políticas locales que aceptaban normas laborales al margen de las leyes laborales vigentes en el país.

Veamos diversos aspectos de este sistema de fábricas que genera violencia, desde el momento en que son estas empresas las que organizan el proceso de trabajo, un proceso de trabajo en el cual los obreros, hombres y mujeres, no cuentan, salvo como fuerza de trabajo a usar y desgastar por parte del capital en ese proceso de trabajo.

En general, estas obreras y obreros laboraban “en línea”, en “cadenas de producción”, donde el capital ejercía y ejerce un gran control sobre el trabajo. Como hemos adelantado, el empleo es precario, ellos y ellas lo adquieren de una forma relativamente fácil, pero también lo pierden fácilmente, y los últimos años, además, se han generalizado los contratos temporales de estos obreros. Al respecto, se pueden observar contratos de tres meses o incluso menos tiempo de duración (por ejemplo, de un mes).

La contratación colectiva, que es un derecho consagrado en la Constitución de la república mexicana y en la Ley Federal del Trabajo (artículos 356 al 403), ha estado prácticamente prohibida, salvo en algunos momentos del siglo pasado, cuando algunas empresas importantes contaron con sindicato, como fue el caso de la empresa RCA. Por ello, las relaciones laborales están regidas, en general, por los Reglamentos Internos de Trabajo (RIT) que establecen básicamente las obligaciones de los obreros y las de los empresarios, más las obligaciones de aquéllos que las de éstos.

Digamos algunas palabras sobre estos instrumentos legales, los RIT. En ellos se establecen requisitos de contratación que implican una discriminación sexista, de clase, y tal vez incluso hasta racista, para obreros, hombres y mujeres, quienes, para laborar, deben tener determinado aspecto, determinada estatura y, en el caso de las mujeres, deben demostrar, durante los primeros tres meses de labores, que no se han embarazado. Es claro que en el caso de que las obreras estén embarazadas, no serán contratadas.

Desde hace al menos una década, las maquiladoras aumentaron sus exigencias de requisitos para la contratación de fuerza de trabajo. Fue así que empezaron a exigir la secundaria. Pero no sólo eso, desde entonces, y tal vez desde los orígenes de esta industrialización, las maquiladoras sólo contrataban obreras y obreros hasta los 35 años de edad, aproximadamente, lo cual indica una clara discriminación a partir de la edad. Hasta la fecha, es muy raro encontrar gente mayor de 50 años laborando en estas empresas, aunque pueden identificarse algunas excepciones a esta situación.

Digamos algunas palabras sobre el inicio del trabajo en estas empresas, sobre una trayectoria que está muy lejos de significarles una “carrera” a obreras y obreros en las maquiladoras. En las entrevistas que realizamos encontramos que la mayoría de los obreros, hombres o mujeres, se inició desde los 15 o 16 años de edad, lo cual no es necesariamente ilegal (la Ley Federal del Trabajo permite laborar a los menores de 14 a 16 años de edad, en jornadas de seis horas). Sí está prohibido el trabajo de los menores de 14 años, sin embargo, es práctica común de estos obreros, para acceder al empleo, alterar las actas de nacimiento.

En términos de contratación se observa una situación similar a la de otros contextos maquiladores: la generalización de las agencias de colocación. Estas agencias contratan a los trabajadores sin ninguna obligación laboral para las empresas.

Estas empresas operaban con jornadas semanales de trabajo que significan menos horas de trabajo que las que marca la Ley (48 horas a la semana). Pero el encanto “legal” se acababa pronto, pues estaban muy generalizadas las horas extras, las cuales, según la legislación laboral, sólo pueden darse en un número de nueve horas a la semana, lo cual rara vez

sucedía en este contexto laboral. Es decir, en años anteriores, se dio una importante prolongación de la jornada de trabajo de estos obreros, hombres y mujeres, hasta antes de la crisis de este siglo.

La flexibilidad del trabajo estaba también muy extendida en estas empresas, como bien sabemos. Es así que puede observarse en los RIT analizados que las maquiladoras pueden suspender o establecer nuevos turnos de trabajo; también pueden fijar unilateralmente los horarios de entrada y salida; puede cambiar a obreros y obreras de un puesto de trabajo a otro y de un turno a otro; puede cambiar el día y la forma de pago, entre algunas de sus atribuciones más notables.

Los RIT contienen medidas disciplinarias para los obreros, hombres y mujeres, y sólo de manera muy general contienen las obligaciones de las empresas. Un conjunto de esas medidas disciplinarias se apegan al espíritu de los artículos 422 a 425 de la Ley Federal del Trabajo y otras devienen en prohibiciones, sanciones y castigos de diversa índole que hablan del control extremo de la fuerza de trabajo por parte del capital a través de textos que conllevan una carga importante de violencia discursiva; hablan de discursos muy violentos por parte del capital, plasmados en estos RIT, que, desde luego, le confieren gran capacidad de control sobre el proceso de trabajo y sobre la fuerza de trabajo.

Existen prohibiciones que claramente hablan de obreras y obreros muy controlados por parte de los supervisores: por ejemplo, se permite acudir al baño sólo con el permiso respectivo: los obreros sólo pueden comunicarse entre ellos para tratar aspectos del trabajo, y están prohibidos los “puentes”, los cuales están muy castigados, económicamente hablando, a través de multas al salario.¹⁵

Las medidas disciplinarias son de diversa índole. Las hay por realizar mal el trabajo, lo cual habla de una constante supervisión sobre la calidad del mismo. También se reglamentan los despidos y sus diversas causas: por cuarta falta injustificada en un período de 30 días, y por incumplir con normas diversas, sobre todo las de seguridad.

¹⁵ Se conocen popularmente como “puentes” a la acción de los obreros de ausentarse al día siguiente de un día de descanso, o antes del mismo, sumando así más días de descanso, esperando que sólo se les descuente el día que se faltó a laborar. Igualmente, el “puente” puede hacerse faltando el viernes, o el lunes, sumando días al descanso del fin de semana, aunque en las maquiladoras suele trabajarse el día sábado.

Las sanciones que llevan a medidas disciplinarias diversas se dan por el uso indebido de uniformes y materiales de trabajo, de la identificación (en código de barras), por tardarse más de los 30 minutos destinados a tomar alimentos, por retardos, por faltas injustificadas y por hacer “puentes”.

Esas sanciones afectaban y siguen afectando el salario y, vistas en conjunto, pueden rebasar los límites establecidos por la ley. La “falta injustificada” implica un día de salario de descuento. Dos faltas implican de dos a cinco días sin salario. Tres faltas implican de cinco a ocho días sin salario. La cuarta falta en un período de 30 días implica la terminación de las relaciones laborales.

Hay que decir que, hasta aquí, el capital maquilador se encuentra dentro de la ley, en términos de que sus medidas disciplinarias no exceden ocho días de castigo (artículo 423, fracción X). No lo está en los descuentos que se aplican por las faltas injustificadas por dos y tres días, pues se aplica una multa al salario, dentro de un período de 30 días, e implica descuentos al salario importantes, como ya indicamos.

Hacer “puente” implica una multa de tres días sin salario, prohibido tanto a nivel constitucional como en la misma Ley del Trabajo. Los retardos también tienen implicaciones, sobre todo en el tercer retardo, el cual es sancionado con el descuento de un día de salario.

LA VIOLENCIA EN LAS MAQUILADORAS (II)

Veamos otros aspectos de la violencia de este sistema de fábricas. En general, podemos decir que los derechos de maternidad de las trabajadoras en estos RIT sólo aluden a la obligación de la obrera de avisar su embarazo a su supervisor, sin que se aluda a los demás derechos que ellas tienen en la ley, referidos a lactancia, sobre todo.

Desde luego, el aviso de embarazo podría redundar en el despido de la obrera, tal y como se ha constatado en otros contextos maquiladores. Sin embargo, no todas las obreras son despedidas, pues sabemos que los derechos por maternidad los disfrutaban algunas de ellas, aun dentro de las ambigüedades que esos derechos tienen en la ley.

No hay tolerancia para la hora de entrar a laborar. Esta situación ha dado lugar a un fuerte cuestionamiento a las maquiladoras, por el caso

de una obrera que no fue aceptada en la empresa, por haber llegado dos minutos tarde. La obrera desapareció en el trayecto de regreso a su casa y fue encontrada muerta días después.

Los salarios son en realidad muy bajos. Se rigen por el salario mínimo vigente para esta zona, que, para 2003, era de 43.65 pesos por día, más prestaciones. En realidad, estamos ante uno de los rostros más agresivos del capital, más violentos: la baja retribución de la fuerza de trabajo, a niveles realmente bajos.

Antes de la crisis del sector, estos trabajadores contaban con una serie de bonos (asistencia, puntualidad, entre otros). A partir del año de 2002 observamos cómo se pierden casi todos estos bonos. Hoy la mayoría de estos obreros ganan entre 400 y 500 pesos a la semana, pero ésta es una cantidad que no contempla los descuentos al salario: impuesto, cafetería, fondo de ahorro, principalmente.

Mientras tanto, los salarios de la mayoría de estos trabajadores aumentan en porcentajes ínfimos. El aumento del salario mínimo anunciado para esta zona fronteriza a partir del 1 de enero de 2004 fue de 3.6%, lo que significó un aumento de 1.59 pesos. El salario mínimo pasó en la zona fronteriza de 43.65 a 45.25 pesos por día, mientras que la canasta básica aumentó entre 10 y 15%.¹⁶

Para principios de la década de 2010, encontramos que los salarios de estos trabajadores eran más precarios. En 2011 encontramos que la media salarial era de 550 pesos a la semana por trabajador (salario base más uno o dos estímulos), cantidad a la que había que aplicar descuentos como el impuesto al trabajo. Con el descuento por pago de crédito para vivienda del Infonavit, de unos 300 pesos a la semana, encontramos que había “ingresos” de ¡163 pesos a la semana!, según información de la misma Asociación de Maquiladoras de la ciudad.

En noviembre del mismo año de 2011, había anuncios por parte de esta Asociación de que habría más “cambios”. Así, estas empresas anunciaban el fin de la “prestación” del transporte de personal ¡¡por ser un transporte malo!! O sea, que en lugar de mejorar el transporte, mejor lo

¹⁶ Rodríguez, Sandra, “Aumenta \$1.59 el mínimo en Juárez”, *Diario Digital* <<http://diario.com.mx>>, sec. Panorama, 20 de diciembre de 2003.

eliminaban, descargando en los trabajadores el costo del traslado a las empresas y de retorno a sus hogares. En suma, un golpe más a los exiguos ingresos de estos obreros.

Las prestaciones de estos obreros, hombres y mujeres, también habían disminuido drásticamente. Como mencionamos, desde el 2002 y 2003, ya no existen los bonos de antigüedad, permanencia, contratación, recontratación o asistencia perfecta. Pocas empresas conservaban estos bonos. En cambio, permanecen, en general, otras prestaciones: bono de despensa, transporte, servicio médico, tolerancia para la lactancia, cafetería (los alimentos ya corrían a cargo del bolsillo de los obreros), servicios a través del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), principalmente.

Un contexto éste, como se puede ver, en el que el capital maquilador disminuye derechos de obreros y obreras y establece sanciones a su antojo; en suma, un contexto laboral con elementos de violencia simbólica, con un mensaje claro: aquí domina el capital, no la justicia laboral o social.

A esta situación hay que agregar la dura realidad del desempleo. Como vimos, los llamados “paros técnicos” en estas empresas están implicando la salida (temporal o permanente) de los obreros de las empresas en esas situaciones. Durante el tiempo que dura el “paro técnico”, los trabajadores no reciben ingreso alguno, están obligados a esperar a que la maquiladora vuelva a tener algún contrato y vuelva a contratar trabajadores, lo cual no siempre sucede.

DE LA RESISTENCIA DE LOS OBREROS, HOMBRES Y MUJERES, DE LAS MAQUILADORAS

Hasta aquí, tan sólo algunos aspectos de la violencia que podemos observar en esta ciudad, en específico, la dirigida hacia los obreros de las maquiladoras, hombres y mujeres, una violencia estructural que nace de la esencia de este sistema fabril y del dominio del capital en él. Ahora podemos preguntarnos ¿qué hacen los obreros y obreras ante esta situación? Aparentemente no hacen mucho, salvo sobrevivir en las maquiladoras, en las condiciones que sea, aferrados al exiguo pago semanal. En otras épocas, preferían, estos obreros, “rotar”, es decir, cambiar de una fábrica a otra, en busca de los lugares en los que pagaban más “bonos”, más estímulos, para lograr que

sus salarios no fueran tan bajos. Pero esto fue en las buenas épocas de las maquiladoras. Hoy el desempleo y el paro campean en este “sistema de fábricas”, y no hay posibilidades de este tipo de “búsquedas”. Hoy obreros y obreras prefieren mantenerse en un puesto de trabajo, por más mala que sea la retribución salarial que reciban ahí.

A pesar de ello, nosotros encontramos un conjunto de acciones que estos obreros llevan a cabo, con el fin de salirle al paso al peligro y al miedo. No son ellas y ellos sujetos pasivos de esta situación, y aunque ellas no pueden eliminar la situación de riesgo, sí tratan de aminorarla.

A nivel individual, por ejemplo, las obreras más jóvenes relatan que ya no usan falda, prefieren vestir pantalones y tenis. También usan gorras deportivas, se “recogen” el cabello, se ponen camisetas de tallas grandes, y chamarras deportivas, para esconder sus cuerpos, esconder su identidad corporal como mujeres.

Ellas han tenido que cambiar sus costumbres, distintas a las de la generación anterior de obreras. Por ejemplo, salen menos de noche, porque la noche ya no es el espacio de la diversión, sino del miedo y el peligro. Evitan caminar por las calles solitarias así como la comunicación con los desconocidos (aun siendo estos compañeros en la misma empresa y aunque se conozcan “de vista”). Se organizan con otras obreras para formar grupos, y recurren a la solidaridad de familiares y de esposos, tanto para ir al trabajo como para regresar de él. Negocian de una manera muy persistente con los conductores de los autobuses que las llevan de las maquiladoras a las zonas donde viven, para que las dejen lo más cerca posible de sus casas, a veces sin contar con la solidaridad de los obreros, hombres y mujeres, más antiguos en las empresas, quienes muchas veces logran imponer las rutas que más les convienen, incluso a las mismas empresas.

Observamos también procesos de toma de conciencia en algunos obreros y obreras que los lleva a superar momentos críticos de sus vidas y a participar en organizaciones en las cuales ellas y ellos le encuentran un nuevo sentido a sus vidas. Basten los siguientes ejemplos:

Riqui, joven de unos 17 años cuando lo conocimos, en el año 2004, era originario de Ciudad Juárez. Vivía con familiares (tíos), pues había tenido que abandonar la colonia donde vivía con su mamá, luego de haberse involucrado en una pandilla y empezado a consumir drogas.

Entre ellos circulaban drogas como la cocaína, por ejemplo, a la que Riqui se empezó a volver adicto, y armas. Tuvieron un enfrentamiento armado con otra pandilla. En la balacera que se suscitó entre ambas pandillas, una muchacha ajena al problema, resultó herida. Hubo aprehensiones. Riqui fue detenido y acusado de las heridas infringidas a la joven. Pasó un tiempo detenido en la cárcel, luego fue puesto en libertad condicional y estaba obligado a pagar las atenciones médicas de la muchacha que resultó herida en la balacera. Su familia lo protegió. Era menester cambiarlo de barrio. Se fue a vivir con una tía, a unos kilómetros de su casa y de su barrio.

Cuando lo conocimos, trataba de regenerarse, trabajando en las maquiladoras. Entonces él tenía claros sentimientos de tristeza y de nostalgia, por la separación tan temprana de la familia, con el fin de alejarlo del “barrio bravo” en el que se había inmerso en la cultura de las drogas y de las armas. A pesar de ello, Riqui tejía entonces los sueños de un futuro mejor. Él nos habló de sus aspiraciones, de la posibilidad de estudiar para ser ingeniero en el futuro.

Poco después, volvió a vivir otro drama: el de la muerte de su madre, la cual sufrió un infarto en la maquiladora en la que trabajaba. La atención a ella fue lenta, además, la maquiladora carecía de medios para atender oportunamente un caso como éste, y se perdió mucho tiempo en el traslado oportuno de su mamá a un hospital para su atención.

Finalmente lo encontramos como miembro de una organización religiosa, centenaria, milenarista, crítica de la sociedad actual: los Testigos de Jehová. En ella Riqui parece haber encontrado la fortaleza necesaria para continuar con su proyecto de regeneración, alejado de la violencia cotidiana, de las drogas y el alcohol, con los elementos necesarios para soñar, además, en un mundo mejor, cuando advenga la nueva sociedad. Para este proceso contó mucho su contacto con un tío suyo, activista, defensor de los derechos de obreras y obreros en las maquiladoras, promotor de una organización solidaria con los obreros de la maquila, que buscaba luchar por el rescate de los derechos de estos obreros.

El caso de Celia abunda en estos procesos: ella nació en Ciudad Juárez, de familia obrera minera, migrantes desde el sur del estado de Chihuahua, en la década de 1970. Se asentaron en un barrio del lugar, luego

de adquirir un terreno, pues su padre había juntado dinero en dólares luego de sus primeras experiencias de “bracero” en Estados Unidos, experiencias que continuarían a lo largo de su vida.

En su infancia, ella asumía las tareas de cuidar a los hermanos menores. Era la madre sustituta en diversos momentos de la jornada de trabajo, la que se hacía cargo de los hermanos menores, pues sus padres ya trabajaban en las maquiladoras.

Mañanas o, mejor dicho, madrugadas difíciles, con grandes responsabilidades, y que, sin embargo, son recordadas por la entrevistada gratamente. Eran las épocas en las que ella cuidaba y se hacía cargo de los hermanos menores.

Como suele suceder entre estos obreros y obreras, por largos periodos del día, durante la infancia, permanecían bajo los cuidados de otros familiares, pero no encontramos en Celia visos de sentimiento de abandono por parte de sus padres; más bien parece haber sido una niña y una adolescente hasta cierto punto feliz.

En la adolescencia, Celia incluso tuvo la oportunidad de iniciar estudios a nivel técnico, en la Universidad de Ciudad Juárez, pero los dejó truncos, además, por esas fechas entró en un periodo de cierta confusión y rebeldía, que la llevó a dejar su casa por unos meses. Es entonces cuando ella desarrolla más los vínculos con la Iglesia católica (desde niña estuvo ligada a ella, como “catequista”, en el “equipo de confirmación”, etc.), con un ala radical de ella que es difícil de ubicar por nosotros, tal vez cercana o afín a la Teología de la Liberación.

En suma, el contacto con un sector de la Iglesia católica propició que Celia se volcara hacia la actividad a favor de los explotados y desamparados. Primero dirigida a los jóvenes, en general, jóvenes pobres, luego hacia los obreros, a través de la Pastoral Juvenil Obrera; así, hasta llegar a un “espíritu encarnado” o proyecto de vida propio.

En este proceso de toma de conciencia, de definición de su vida, debe de haber contado, de una manera muy importante, su contacto con la situación en las maquiladoras, en las que trabajaron sus padres toda la vida, desde su llegada a Ciudad Juárez, y en las que ella también trabajó desde muy joven. Ello es claro en su conciencia: los bajos salarios, las largas jornadas de trabajo, eran una realidad para ella desde entonces,

además del patriarcado, el acoso moral y, sobre todo, el sexual hacia las obreras, por parte de los supervisores en las maquiladoras. Su padre incluso vivió varios despidos a lo largo de su vida de trabajo en las maquiladoras. Entonces, el terreno era fértil para su radicalización y para que ella encontrara un camino claro en la vida.

Hasta aquí, este muy general recuento de algunas experiencias de resistencia de estos obreros, hombres y mujeres. Pasemos ahora a las conclusiones de este trabajo.

IDEAS FINALES

En este artículo tratamos, someramente, de presentar las condiciones en las que, hoy (2011), se desarrolla el diario bregar de este sector de la clase obrera, aquél vinculado a las maquiladoras de exportación en Ciudad Juárez.

Nos interesó conocer algunas de las condiciones que generan violencia y peligro entre estos obreros. Como vimos, existen condiciones estructurales que dan lugar a esa violencia. Vayamos por partes. Vimos que en la ciudad, las acciones del crimen organizado generan ese clima de violencia que envuelve a la ciudad toda. Las acciones de los diversos niveles del gobierno federal para enfrentar a las organizaciones del crimen organizado, no han derivado en una superación de ese clima de violencia, antes bien, parecen haber contribuido a una situación que pone en entredicho derechos básicos de la población. Ha sido el caso de la presencia del Ejército y la policía federal (más recientemente, de la policía municipal), los cuales no pudieron cumplir con su cometido (restablecer la paz en la ciudad y erradicar la violencia), por motivos que esbozamos en la primera parte de este trabajo, por carecer, sobre todo el Ejército (aunque no sólo él), de la debida capacidad para combatir al crimen organizado, además de no existir un marco legal que le permitiera actuar en este tipo de actividades.

Pero no nos detendremos en estas cuestiones, muy polémicas, sobre las cuales, hasta ahora, existen grandes desacuerdos en Ciudad Juárez e, incluso, en el país. Nosotros recuperamos, para los objetivos de este trabajo, el siguiente hecho: a la violencia en la ciudad, y su profundización durante los años de 2008-2010, hay que sumar, forzosamente, la

violencia estructural que proviene, por un lado, de una cultura clasista, cargada de estigmas, que se desarrolló en esta ciudad. Vimos el conjunto de prejuicios y estigmas que, por décadas, se dirigieron hacia los obreros y obreros de la maquila, y hacia otros sectores subalternos de esta sociedad, hacia los migrantes, hacia los pobres.

Vimos así una atmósfera cargada de estas percepciones descalificadores, que, paradójicamente, también incluyó la generación de prejuicios y estigmas hacia sectores de habitantes de Ciudad Juárez, los cuales se generaron entre los mismos migrantes, en una especie de revancha, de préstamo, de defensa, probablemente.

Pero en esa atmósfera violenta contó, de una manera muy importante, el sistema de fábricas que conocemos como las maquiladoras de exportación. Ubicar este hecho, creemos, es una contribución de este trabajo. En efecto, y como vimos, este sistema de fábricas, desde sus orígenes, estableció condiciones de trabajo que implicaron una nueva gestión de la fuerza de trabajo, una regulación que cuestionó derechos laborales establecidos en la Ley Federal del Trabajo. La productividad, la flexibilidad del trabajo, la intensificación de los ritmos de trabajo, la extensión de la jornada de trabajo, los salarios increíblemente bajos, el despido y el paro, se impusieron en estas empresas, por los motivos ya mencionados en el primer apartado de este trabajo.

La violencia implicada en este sistema de fábricas es más que evidente. Ha estado ahí desde sus orígenes, y sigue ahí, al lado de la crisis que este sistema de fábricas experimenta desde hace ya una década.

Finalmente, en un apretado resumen de algunas de las principales formas de resistencia de estos obreros, hombres y mujeres, vimos que, en efecto, estos sujetos realmente actúan para salirle al paso a las aristas más graves de esa violencia. Ellas y ellos son capaces de protegerse, de establecer demandas de seguridad hacia las empresas, de solidarizarse entre ellas y ellos, para salirle al paso a la violencia e, incluso, son capaces de buscar alternativas vinculadas a orientaciones religiosas, con el fin de fortalecerse, de cobrar fuerza, y así poder funcionar y actuar cotidianamente.

Evidentemente, estas respuestas no han sido ni son suficientes para revertir la situación que hoy se vive en la ciudad. Se necesitan otros factores para ello, factores que hoy no están presentes (todavía) en los sectores

subalternos de la sociedad en Ciudad Juárez, tampoco entre obreros y obreras de estas empresas. Nos referimos a factores como la unidad, la organización, proyectos colectivos, que permitan una reanimación más general, para salirle al paso a la descomposición social y buscar y alcanzar nuevas alternativas de desarrollo que reduzcan la pobreza, el desempleo, la falta de oportunidades para las mayorías.

BIBLIOGRAFÍA

- AJO, Mirna y Patricia RAVELO
 2003 “Sabemos que salimos pero no sabemos si vamos a regresar’. Vulnerabilidad y percepción del riesgo en trabajadoras de la maquila de Ciudad Juárez”, *Revista Género y Salud en Cifras*, Secretaría de Salubridad, México, pp. 19-24.
- ASOCIACIÓN DE MAQUILADORAS, A. C.
 s. f. *Historia y Perspectivas de la Industria Maquiladora*, Asociación de Maquiladoras, A. C., Ciudad Juárez, Chihuahua.
- ASOCIACIÓN DE MAQUILADORAS, A.C.
 2003 *Industria Maquiladora 2003*, Asociación de Maquiladoras, A.C., Ciudad Juárez, Chihuahua.
- BALDERAS, Jorge
 2002 *Mujeres, antros y estigmas en la noche juarense*, col. Solar, serie Horizontes, Instituto Chihuahuense de Cultura, Chihuahua.
- GOFFMAN, Ervin
 2003 *Estigma. La identidad deteriorada*, 9a reimpr., Amorrortu, Buenos Aires.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA (INEGI)
 2003 *Anuario Estadístico del Estado de Chihuahua*, Gobierno del Estado de Chihuahua, Aguascalientes, Aguascalientes.
- RAVELO, Patricia y Héctor DOMÍNGUEZ (coords.)
 2006 *Entre las duras aristas de las armas. Violencia y victimización en Ciudad Juárez*, Publicaciones de la Casa Chata, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- RAVELO, Patricia y Sergio SÁNCHEZ
 2009 “Migrantes y juarenses en la cultura obrera de Ciudad Juárez”, en Peña, Florencia, Abel Pérez y Sergio Sánchez (coords.), *Trabajo precario. Expresiones en distintos contextos laborales*, Programa de Mejoramiento del Profesorado, Escuela Nacional de Antropología e Historia/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, pp. 175-194.

RAVELO, Patricia y Héctor DOMÍNGUEZ

2010 “Ciudad Juárez: asedios a la ciudadanía y cancelación de la vida urbana”, *El Cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*, núm. 164, noviembre-diciembre, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Ediciones Eón, México, pp. 5-10.

RAVELO, Patricia, Héctor DOMÍNGUEZ, Sergio SÁNCHEZ y Javier MELGOZA

en prensa “Trabajo y vida cotidiana en las maquiladoras de Ciudad Juárez en el siglo XXI. Cuerpo, subjetividad y cultura obrera en medio de la violencia”, en María Eugenia de la O (coord.), *Relaciones de género y trabajo en las maquiladoras en México: Nuevos actores en nuevos contextos*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Conacyt, México (en prensa).

VILA, Pablo

2007 *Identidades Fronterizas. Narrativas de religión, género y clase en la frontera México-Estados Unidos*, col. Sin Fronteras, El Colegio de Chihuahua/Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México.